

F1232
P75
1906
V.1

7755

GUILLEMO PRIETO

MEMORIAS

MIS TIEMPOS

PROPIEDAD ASEGURADA CONFORME Á LA LEY.

TIPOGRAFIA DE LA VIUDA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON.

Esquina 5 de Mayo y Callejón de Santa Clara.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

50-Mayo-08
A. de la Cruz

MEMORIAS DE MIS TIEMPOS

1828

I

Impresiones de infancia.—Molino del Rey.—Un describir ó sea sólo mención.—Barbacoa.—Coleadero.—Herradero.—Rifa de compadres.—Posadas.—Compadrazgos.—Rifas de santos.—Gral. Victoria.—Primer ensayo oratorio.—Viernes de Dolores.—Coloquio.—Hazañas infantiles.—La Loba de Chapultepec.—Mis padres.—Escuela de D. Manuel Calderón.—Vida íntima.—Comidas.—Costumbres religiosas del hogar.—Cuaresma.—Semana Mayor.—Procesiones.—Ejercicios.—Desagravios.—Romerías.—Posadas.—Fiesta de Indios.—Señor de Chalma.—Los Remedios.—Toma de hábito.—Cantamisa.—Mi tía Juanita.—Recuerdo de Cardoso.—San Judas.—Milagros.—Educación.—Mi tía Doloritas.—Su muerte.—Mi miedo.—Cambio de vida.—Juegos de niños.—Mi abuelo.—Teatro.—Toros.—D. Javier Heras.—Toreros célebres.—Juego de pelota.—Grandes jugadores.—Los titeres.—Mi aventura con los titiriteros.—Grito de la Acordada.—Victoria y Pedraza.—Guerrero.—Saqueo del Parián.—Emigración.—Descripción del Parián.—Anécdota de Obregón.—Rendición de Barradas.—Bustamante.—Rasgos biográficos de Guerrero.—Muerte de mi padre.—Cambios de suerte.—Orfandad.—Examen de mi saber y esperanzas.—La señora mi madre.—Descubrimiento poético.—Ensayos.—D. Joaquín Heredia y Doña Anita Zuleta.—Tertulias.—Improvisadores.—Ejerci-

cios de improvisación en la Alameda.—El barbero D. Melesio.—Fama de poeta.—Miseria.—Confidencia de dolor.—Ojeada á la prensa.—Pensador.—Bodegonos.—Quintana Roo.—Entrevista.—Aduana.—Castaños.—Colegio.—Iturralde.—Casa de Quintana.—Heredia.—Zavala.—Músicos.—Beristain.—Baldovinos.—Ibarra.—Alejo Infante.—Payno.—Zozaya.—D. Carlos Medina Picazo.—D. Ignacio Pavón.—Lagartijos de la época.—Suárez.—Algara era la elegancia.—Lacunza.—Collado.—Casa de vecindad.—Colegio de Jesús.—Olaguibel.

Agosto 2.—1886.

Suelen los autores de comedias de magia, después de agotar su imaginación en vuelos imposibles, transformaciones milagrosas, abismos que se abren para descubrir palacios encantados, enanos que danzan, brujas que se desenvainan de un saco tenebroso y aparecen ninfas seductoras, lluvias de fuego y orgías de infierno, dar cuna y remate á sus fantásticas creaciones con una vista que llaman de gloria, porque en efecto, parece descender la gloria al suelo.

Verjeles deliciosos, murmuradoras fuentes cristalinas, luz de aurora que transparenta el cielo y las estrellas, alados genios, deidades reclinadas en nubes de oro y nácar, de gualda y de topacio; y en las alturas, cantos tan melodiosos y sentidos que, arrobada el alma, flota, sueña, se encanta y deleita como desprendida de todo lo ferreno; y cuando el telón cae y desaparece la visión, caemos como despeñados á la triste realidad, sintiendo tristeza y desdén por cuanto nos rodea.

He ahí el cuadro de las impresiones de mis primeros años al despertar á la vida en el *Molino del Rey*, mimado de mis padres, acariciado de mis primos y gozando mi alma con las agrestes lomas, los volcanes gigantes, la vista de los lagos apacibles y el bosque augusto de ahuehuetes, titanes de los siglos, que parecen hablar en la noche al rayo de la luna, de lo eterno y de lo sublime de sus recuerdos.

Como en fragmentos, como los pedazos sin conclusión de un gran cuadro en que muy complicadas escenas se conjeturan que debió representar, como en manuscrito precioso con unas hojas intactas y otras arrancadas, así recorro mis recuerdos tan raros, tan incoherentes, con interés tan sólo y privativo para mí, que los habría omitido si no fuera porque en consignarlos tengo placer y esto lo escribo muy especialmente para pasar el tiempo y darme gusto.

¿Y por qué no decirlo? Me complace recordarme niño, ostentando ligereza salvaje en la pelota, en la lucha en volar, en correr sobre el acueducto que atraviesa el Molino en equilibrio peligroso, como plagiando los encantos del vuelo, en precipitarme de los almeares de zacate ó montones de trigo despeñado con los otros muchachos, saliendo de esas expediciones casi etéreas cuando, no mal parado y contuso, con el *mameluco* hecho girones, un zapato extraviado y la cachucha sin revés ni derecho, convertida en un harapo anónimo.

Entre estas escenas, y desenvolviendo el lienzo, recuerdo los fervorosos rezos de la capilla; á mi hermoso

padre arrodillado ante el altar entre los peones del campo; al sacerdote *conjurando la nube de granizo*, al reverberar de los relámpagos, al retumbar el trueno en medio de nuestro asombro y postraciones.

Después vienen otras escenas pastoriles, los campos sedientos, el occidente orlado de nubes rojas, como cortinajes colgando sobre las lomas y el poético Santuario de los Remedios blanqueando en las alturas de Noroeste.

A las orillas de las milpas y trigales caminaba la procesión, con los niños vestidos de blanco llevando en andas á la Virgen; las frescas muchachas vestían de pastoras y regaban flores; las mujeres, los ancianos, los peones con sus velas en las manos ó tiestos con incienso; al fin los dependientes de la casa llevando el palio y el sacerdote revestido con su sobrepelliz y su capa reverberando de blanco y oro, cantando la letanía y respondiendo el coro de voces conmovidas. . . .

Los herraderos y coleaderos; las comidas de *barbacoa* debajo de los árboles del bosque de Chapultepec; las mil diversiones con pretextos de *compadrazgos*, *posadas*, *rifas de santos*, etc., etc., no son para *pormenorizadas, porque llenarían tomos enteros*.

Descuella poderoso entre mis recuerdos, mi primer ensayo de oratoria.

Tenía yo siete años; fué el año de 1825.

Dispuso mi abuelo, el Sr. D. Pedro Prieto, un suntuoso altar de Dolores con bosque y calvario, profusión de aguas de colores, sembrados de tiestos porosos, con tri-

go, alegría, lenteja, etc., etc., banderitas de oro volador, sartas de *yoloxochill* y manojos de trébol; á torrentes flores de chícharo, amapolas, retama, rosas, jazmines y claveles con profusión; alfombras formadas de polvo de café, salvado, arena y hojas de flores y *chichicastli*; cirios en arrobas y naranjas con banderitas de oro volador y papel picado, y en cierta perspectiva un repuesto de ollones colosales de chíá, orchata, tamarindo, timbirichi, todo debido servir, según se requiriera, con su polvo de canela aromática, en vasos ó en jícaras doradas.

El alma de la fiesta era el sermón, y mi padre grande quiso que yo lo recitase; vistiéronme de canónigo, se preparó el púlpito, un sabio dieguino me hizo el sermón y me ensayó para decirlo.

Llegóse la noche tremenda; la concurrencia á la casa de mi abuelo era numerosa, ofició el rezo un alto personaje, el General Victoria, y se cantaron los misterios con música de orquesta.

Anuncióse el sermón. Persígnense. Dije aquello de *Stabat justa crucem Jesus mater ejus* y no era asombro sino embriaguez la que producía la miniatura de Bossuet; pero en estas ó me distraje ó que sé yo, y que el sermón se va, que tartamudeo, que quieren alentar-me, que alguno ríe. . . . y que me suelto llorando y sollozando y desciendo entre enojos y regaños y rechilla estupenda, del púlpito. . . . De esa tremenda derrota nace mi poca vanidad oratoria.

Otra de mis exhibiciones infantiles fué en un coloquio.

La señora mi madre, que era muy linda, muy servicial y muy afecta á las fiestas de familia, dispuso la función: se tiraron paredes, se convirtieron las trojes en salones y se improvisó un teatro con todos sus menesteres.

Las chicas se hicieron pastoras, y pastores los dependientes. Fué designada para Virgen, Lolita, que era de mis primas la más encantadora; para Luzbel, mi tío el coronel Pradillo, arrogante mozo y caballero completo, y yo fuí San Miguel.

Había boca de infierno que arrojaba llamas, había escotillones y vuelos, había una cena de pastores de chuparse los dedos, y trajes y accesorios de enloquecer.

Tuvo la Virgen sus aficionados, las pastoras bebían los vientos porque el diablo se las llevase, y San Miguel triunfaba no sólo de Satán, sino de sus escrúpulos de niño y de arcángel.

De mis hazañas infantiles dos se han grabado profundamente en mi memoria.

Fué una entre monjas, en la *reja* ó recepción de visitas con la Madre *escucha*; sus reverencias sentadas en finos petates con sus velos sobre el rostro, el torno para la comunicación de obsequios, almuerzos y chocolates y sus bancas de palo blanco por la parte exterior para las visitas.

Yo vivía en la calle del Portal de Tejada en los altos de una vinatería que se convirtió en una especialidad por su concurrencia quimerista y deslenguada.

El balcón era mi residencia por las perversas inclinaciones de la cuidadora y la taberna mi cátedra.

Estábamos en la *reja*; mis padres me instaban para que dijese la salve á las monjitas, yo resistí hurraño, alguna monja me dijo algo que me desagradó, y entonces me levanté iracundo y lancé sobre aquellas almas de Dios tal granizada de picardías de todos calibres y dimensiones, que mis padres avergonzados me sacaron del santo recinto y me vapularon de lo lindo.

La otra aventura tiene un carácter realmente místico y edificante.

Eran las confesiones de cuaresma y yo cumplía con el precepto de la Iglesia en la Encarnación.

Caía la tarde escondiéndose bajo el manto de la noche. Mi señora madre estaba con mis primas al frente del confesionario. Entre esas primas estaba Lolita mi compañera de travesuras. El resto de la iglesia estaba obscuro, solitario y silencioso viéndose á lo lejos la lamparilla de Nuestro Amo.

El padre confesor me oía inclinado á mí con severidad. Yo trémulo decía mis pecados.

—Acúsome, padre, que me robé unos quesos que le regalara á Papá, y le achacamos el robo á la criada.

—¿Qué es eso de achacamos?

—Que me los robé yo y Lolita (en voz alta) aquella güerita que está junto á mamá.

Ya se deja suponer el escándalo, las risas, y la vergüenza de mi cómplice.

Poreste estilo fueron muchas las aventuras de mi niñez.

La historia de la Loba fué el primer acontecimiento trágico que hirió poderosamente mi imaginación.

En la sección central del *Molino*, en un ángulo formado por el frente del despacho y la entrada á la habitación principal y la capilla había una fuentecita de alabastro con su atrevido chorro que esparcía al viento sus glóbulos brillantes.

Una mañana, criados y dependientes entraron al interior del despacho, despavoridos, á avisar al señor mi padre que, una Loba rabiosa acababa de pasar cerca de la fuente y se dirigía al bosque.

El tropel que entró en el despacho pedía armas para perseguir á la fiera que podía dañar á los transeúntes, que paseaban el pobladísimo bosque, que se bañaban en lo que se llamaba la alberca chica y que visitaban (no recuerdo con precisión la fecha) el jardín botánico.

Armáronse el amo, los dependientes y los criados, corrieron en seguimiento de las huellas de la Loba y una cauda de muchachos, entre los que yo iba, y aun de mujeres, siguió tumultuosa á los perseguidores de la fiera.

Entre tanto la loba se había internado en el bosque y trepado á salto hasta la cumbre, penetrando en el amplísimo corredor de cristales que daba al NE. del edificio, tosco pero grandioso que coronaba el cerro y que entonces lo habitaba sólo el guarda-bosque con sus tres ó cuatro hijas, la mayor de ocho años á lo más, y la abuelita, madre del guarda-bosque, anciana encorvada, de manos huesosas, trémula y de cabellos blancos, que cuidaba á las niñas.

D. Ignacio, que así se llamaba el guarda-bosque, constantemente estaba á la puerta del bosque con su cara gestuda, su ancho sombrero de palma, en pechos de camisa y su calzón de pana azul de tapabalazo de cuadril á cuadril y sus botones de plata del ruédo de un peso.

La Loba, al dar su último salto y penetrar al comedor, se asomó y percibió sin duda á la abuelita y las niñas que tomando sol limpiaban con polvo de ladrillo candeleros y cubiertos de peltre.

Y ya sea el natural movimiento de terror á la presencia de la fiera, ya algún grito de espanto, ya alguna tentativa de fuga, la Loba se precipitó en medio de las personas descritas, y mordía, y devoraba, y regaba las entrañas de sus víctimas entre agudos chillidos y esfuerzos inauditos de la anciana para pedir socorro.

Oyó confusos gritos D. Ignacio, corrió y saltó sobre las peñas, llegó casi sin respiración al lugar de la catástrofe cuando más rabiosa, más encarnizada, más terrible estaba la Loba; pisando á sus hijas despedazadas, se avalanzó D. Ignacio á la Loba y emprendiendo una lucha indescribible, implacable de horror y de fiereza: rodaban animal y hombre y se erguían sin soltarse; los dientes de la fiera resbalaban rechinando en los huesos de los brazos del hombre. . . .

D. Ignacio advirtió á la anciana que en la bolsa de sus calzones había una navaja. . . . la anciana la buscó pero herida, enferma y siguiendo los movimientos de la lucha, su pesquisa tardaba; al fin encontró la navaja y

la puso abierta en manos de su hijo, quien casi agobiado bajo la Loba la degolló, cayendo muerta la fiera y aniquilado el hombre en un lago de sangre, cuerpo y entrañas destrozadas.

En las últimas peripecias de esta escena, habían llegado el señor mi padre y los suyos. . . .

Todo quedó en silencio. La vieja, con los cabellos blancos en desorden, corría de un punto á otro como una loca. . . . ¡Yo no sé que fué de mí! pero ahora mismo escribo lleno de horror y de terror este recuerdo.

Por fortuna estas nubes negras volaban presto al soplo del placer, bajo el cielo casi siempre azul de mis primeros años.

¡Era mi madre tan buena! era mi padre tan fino, tan sinceramenté amigo de los pobres, que los peones le adoraban, y el nombre del amo era un nombre mágico que producía el contento, ahuyentaba las penas y que corría como perfume en aura mansa, produciendo bienestar y placer.

Mi hermano, mis primos y competente número de criados, partíamos mañana á mañana á caballo del Molino á México, á la escuela famosa de mi venerable maestro el Sr. D. Manuel Calderón y Samohano, calle 2ª del Puente de la Aduana núm. 14. Eramos *medio pupilos*, y regresábamos en la tarde.

Aquellas expediciones diarias nos hicieron jinetes consumados; saltábamos zanjas, dábamos cola á los caballos, formábamos circo en medio de las calzadas, lanzábamos y corríamos atropellando transeuntes, deses-

perando á los criados y llevando á menudo sendos costalazos.

Yo fui sobresaliente jinete, y tengo en mi cuerpo cicatrices que recuerdan mis travesuras.

La escuela de Calderón, 2ª del Puente de la Aduana núm. 14, sólo tenía por rival la de Chousal, eran las escuelas de la gente decente, los almácigos de los niños finos. Otro maestro D. Rafael Pérez, era de bastante reputación.

Se enseñaba con dedicación á leer y escribir, las cuatro reglas de cuentas y un poco más, y doctrina cristiana con toda perfección. Por convención particular, á algunos niños se les enseñaba dibujo por el maestro Zerralde.

Pero en las escuelas mencionadas no se daba á *componer el aro* la Noche Buena para que lo volviesen lleno de monedas, ni había divisiones de Roma y Cartago para que los muchachos se descrimasen, ni castigos como el cepo y la corma, que eran verdaderos tormentos.

No faltaba, por desgracia, la palmeta; figuraba la disciplina, y el encierro era el castigo más común.

Por supuesto, que estaba totalmente abolido el día dedicado exclusivamente á azotar, como eran los martes en otras escuelas.

La escuela estaba dividida en dos grandes secciones, ó sean la sala de lectura y el salón de escritura y explicaciones.

La sala de lectura era pequeña y cubierta de gradas

desde cerca del techo, lo que formaban cuatro cataratas de muchachos inquietos, en efervescencia, agitándose, chillando y amenazando con sus avenidas formidables.

Esta sala estaba en lo absoluto bajo el mando del Sr. D. Isidro.

Era D. Isidro un español rehacio, chiquitín y despierto, con una nariz de á terciá y unos ojos medio encarnados, la boca recogía los movimientos prontos y biliosos, su cabeza tenía levantado el cabello por el *occiput* por las sienas y sobre la frente.

Caracterizaba su traje un frac, no negro, sino tenebroso, con faldones de movimiento espontáneo.

La voz de D. Isidro era agudísima, y en sus iras la prolongaba con un *brrrrr* que hacía temblar el mundo.

Por ventura inexplicable sus facultades de castigo estaban limitadas á estrujones expresivos, y á hincar, y poner en cruz á sus súbditos. Con lo cual desde la aurora eran crucifixiones por todas partes, bosques de brazos se alzaban en los aires.

Los chicos aprovechaban las distracciones del maestro y entonces eran los juegos en el suelo, era el retozo y todo lo consiguiente.

Entre tanto, se hundía el cuarto con las lecturas, ya en lloviznita, ya en aguacero, ya en tempestades; los eructos hacían zaralanda, D. Isidro bufaba, é hincaba á los chicos sobre las gradas y donde podía.

Los coros de la tabla de cuentas eran furibundos.... Don Isidro murió más protomártir que San Felipe de Jesús.

La sala de escritura era otra cosa. Buenas pinturas al fresco, papeleras corridas teniendo de trecho en trecho bien grabadas muestras de D. Torcuato Torio de la Riva, tinteros fijos y todo lo más adecuado y conveniente.

Había sus decuriones ó ayudantes que eran D. Ignacio Peñaloza, D. Gumesindo Martínez y los niños Manuelito y Pepito, hijos del Sr. Calderón.

En la antesala estaba el gran pizarrón para la Aritmética.

En el fondo del salón se veía al Sr. Calderón en una mesita pequeña descollando con notable majestad.

Era mi maestro alto y robusto, casi totalmente calvo, lo que le obligaba á usar una gorrilla negra de terciopelo; tenía sus gafas de plata sobre su nariz roma atestada de polvo colorado, y su boca pequeña y expresiva.

Vestía largo levitón, llevaba al hombro el paliacate de que se servía, en una de sus manos se percibía la tremenda disciplina calzados sus ramales con pergamino, y en la siniestra se veía una grande uña de plomo de que usaba para tajar las plumas de ave, porque entonces no se conocían las de acero.

Todo estaba en orden: las pautas y las plumas en sus palos, los botellones de tinta en mesas á propósito, en su estante el repuesto de papel, plumas y gises.

El señor maestro, aunque con parsimonia, no esca-seaba los azotes, aunque jamás á raíz, y éstas eran las solas interrupciones del silencio del salón.

El maestro enseñaba allí con cierto orgullo á los

hijos de las personas más visibles de México: los Estevas, los Torneles, Goríbar, los Cuestas, los Valles, Bros, Martínez de Castro, Madrid, Rivero, Rivas, Montevedes, García, Escobosa, Robles, Manuel y Ludovico de Castro, y otros muchos de los que muy pocos viven.

A las once en punto de la mañana cesaba todo trabajo y nos agolpábamos todos con verdadero placer á escuchar las explicaciones.

El Sr. Calderón ocupaba su asiento, los decuriones el centro, D. Isidro la turbulenta retaguardia.

Las explicaciones eran de moral, de urbanidad, de buenas maneras, en estilo llano pero florido y elocuente. El preceptor aprovechaba las reminiscencias de los cuentos, el atractivo de los juegos, el tiempo en que hablaba, los usos y costumbres dominantes.

Sabía con finísimo tacto poner en ridículo los vicios y encaminar las almas al bien obrar.

¡Qué bonito y qué sabrosamente hablaba! y cómo tenía palabritas que ó hacen cosquillas ó hacen saltar las lágrimas á los ojos, y todo sin voz hueca y sin afectación, corrido como agua clara en descenso.

Era, sin saberlo yo, la gran lección oral, *hablada en niño*, penetrando sagaz en el alma con el encanto de la leyenda, con la magia del cuento de hadas.

Terminada la explicación, alegres, juguetones y felices nos lanzábamos á los corredores, y allí, el piso y el gigantón, la maruca y la tuta, la pelota, los huesos de chavacano, el trompo y el diablo y la monja.

Antes de las cinco de la tarde la invasión de nues-

tras cabalgaduras en el patio de la escuela anunciaba nuestra salida.

Ya he dado alguna idea de mi vida íntima, hasta donde puede importar, para comunicar colorido á las costumbres de mi tiempo. Me faltan, entre otros dos toquecitos ligeros, el uno que algo atañe á la importante parte culinaria y el otro que da idea de nuestra educación religiosa.

Al despertar nos esperaba, si no es que iba á sorprendernos en la cama el succulento chocolate, en agua ó en leche, sin que pudieran darse por excluidos los atoles, como el champurrado, el antón parado, el chile atole, ni el simple atole blanco acompañado de la *panocha amelcochada* ó el acitrón.

Almorzabase á las diez asado de carnero ó de pollo, rabo de mestiza, manchamantelès, calabacitas, adobo ó estofado, ó uno de los muchos moles ó de las muchas tortas del repertorio de la cocinera, y frijoles.

Veces había que aparecía en la mesa una circular ó empedernida tortilla de huevos; eran como de lance los huevos estrellados ó revueltos, y los tibios solían recomendarse á los enfermos ó á los caminantes.

Fungían como bebidas, para gente muy principal, el vino tinto cáscarrón; para el común de mártires el pulque y para la plebe infantil el pulque ó el agua.

La comida entre una y dos de la tarde se componía de caldo, con limón exprimido y chile verde estrujado; sopas de arroz ó fideo, tortilla, puchero con todos sus adminículos, es decir: coles y nabos, garbanzos, ejotes, jamón y espaldilla, etc., etc.

Un chocolate entre cuatro y cinco de la tarde engañaba el apetito; algo de merienda servía como de refrigerio después del Santo Rosario, y la cena á las diez de la noche despedía á la gula con el indispensable asado con ensalada y el mole de pecho tradicional.

La parte religiosa, que era lo esencial de la vida del hogar, estaba bajo la dirección de los gobernantes de la conciencia de mis señores padres; pero cada *quique* tenía su padre confesor, y cada confesor su jurisdicción privativa.

Pero el entusiasmo cristiano era uno, único el fin, y el anhelo se multiplicaba á proporción de que era unánime el entusiasmo por las cosas divinas.

En Enero rifas de santos y compadrazgos; en Cuarema función los viernes, confesiones, comuniones por intención, y paseos con motivo de la *Semana Mayor* á sus procesiones.

Ejercicios, desagravios, romerías, posadas, Noche Buena, Nacimiento.... ¡¡La mar!!

Y esto pudieran apenas llamarse los artículos de fondo de las festividades periódicas; pero ¿cómo no alborotarse con la fiesta de indios y con la de la Aparición? ¿cómo no inquietarse los niños á ver las danzas de segadores, de tejedores, la conquista y el *Mitote* en la Villa de Guadalupe? ¿Cómo no expedicionar á los Remedios, ni á Tacuba para ver el Maguey milagroso y al Señor del Claustro? ¿Cómo permanecer en sosiego al anuncio de la Romería de Chalma, lugar en que se veían en el lago de una cueva, estrellas y se admiraban

las piedras en que se convirtieron dos compadres de sexos distintos que, olvidando el sacramento, se aficionaron á los picos pardos?

Con tan variadas atenciones apenas quedaba tiempo para *tomas de hábito* y cantamisas, rejas y *libertades monjiles*.... Las luces de la Merced, del Carmen, de San Agustín, de Regina eran divinas.

En mi casa todo lo dicho nos preocupaba hondamente, haciendo excursiones frequentísimas á la parroquia de Tacubaya, ó al convento de Dieguinos del mismo pueblo, donde figuraban mis padres en primera línea como bienhechores.

Había una tía Juanita en la casa, alta, cejjunta, fornida y agria que conservaba, á pesar de su pronunciado bigote, reminiscencias de hermosura mundana, y era nuestra directora de conciencia por ser la predilección, el encanto y la admiración de toda la gente de iglesia.

A mi tía Juanita llamaban los padrecitos la *Doctora*, y ella compraba con valiosas dádivas su título y autoridad.

Un frontal para el altar y pañuelos bordados para tal predicador; una alba con deshilados y una molienda de chocolate para el prior; unos manotejos con encarrujos exquisitos, y unas peras aprensadas ó bocadillos de coco para cualquiera de nuestros confesores. ¿Cómo no había de tener prestigio mi tía Juanita?

Ella era la encargada de la capilla, cuyo culto y esplendor tenía arreglados con soberana maestría, conociendo la aplicación de las casullas y los registros del Misal.

Había encargado de cada santo y sus necesidades á primas mías (payitas preciosas y santas como el mismo demonio): á una, Señor San José, desde la vara hasta el *cacle*; á otra, San Juan de Dios; á la más avisada, San Judas Tadeo; á la más *pizpereta* y aguda, Santa Rita, dejando á la Virgen María al cuidado de mi santa madre y reservándose ella el lujo del Divino Salvador, con su aureola de rayos del sol, su estandarte rojo con cruz blanca, sus borregos á los pies y su cendal finísimo con bordados espléndidos.

Era de ver su afán por vigilar á las cuidadoras de los santos; era de asombrarse decidir sobre los calzones de San Judas y el túnico de Santa Rita, sobre las enaguas de picos ú olandes de la Virgen y el hábito de San Juan de Dios.

En los vivos aires mi tía me puso al corriente del ayudar á misa con tales agregados, arremuecos y calumnias á los latines, que Virgilio se habría desternillado de risa.

¡¡Cuánto sabía mi tía la doctora, y cómo nos enseñaba *la religión*!!

Ella nos describía con desusada elocuencia los sapos y culebras que lanzó un pecador por la boca, porque ocultó sus pecados en la confesión.

Ella sabía, como nadie, transmitir los diálogos que ocurrían entre San José y la Virgen al tratarse del niño que dejaba la garlopa por predicar, y la Virgen lo defendía porque era niño fino y no estaba para adocernarse en un oficio vil, con lo que San José ardía y la Virgen reclamaba los fueros de la gente decente.

Mi tía era íntima de San Judas y le complicaba en todas sus aspiraciones, pidiéndole desterrase á tal amigo; acortase los pasos de tal chico que le chocaba; pudiese en pobreza á tal otro que la veía con desdén y obsequiase con unas viruelas á tal buena moza que se atraía las atenciones de uno de los padrecitos.

Recuerdo que el señor mi maestro D. Joaquín Cardoso, que tiene de figurar mucho en estas memorias, me contaba de un San Judas que había en su casa, en las mismas condiciones que en la mía.

Pero aquel San Judas, lo hacía partícipe de tales diabluras, y determinaba tales iniquidades, que un día que dejaron sola la casa. . . . penetró en la capilla mi maestro, se encaró con el santo, le echó en cara sus indignidades y le dió tal zurra, que al regreso de la familia, encontrando al Santo desportillado y lleno de averías; se declaró que el diablo era el verdadero autor de aquella tunda, aumentando el culto del santo y haciéndole unos desagravios suntuosos.

Mi maestro tendría diez años entonces; pero añadía: «creo, que algún rencorcillo del santo hizo que desde entonces se me comenzase á conocer lo hereje.»

Por lo demás, ¡cuánto sabía mi tía y cómo creaba en nosotros un espíritu *retecristiano* de los de marca mayor!

Cómo nos encarecía los dolores de parto de San Vicente Ferrer, y las zafacocas que llevaba San Antonio Abad con los demonios.

Horas enteras pasábamos pendientes de los labios de mi tía, oyendo los diálogos sangrientos y las reyer-

tas entre la Virgen de Guadalupe y la de los Remedios: una, como se sabe, partidaria acérrima de los insurgentes, y la otra Virgen exaltadísima por los españoles.

—Necia, cacariza, le decía la de Guadalupe.

—Ordinaria, mala sangre, replicaba la de los Remedios.

—Aprende de mí, que soy generala con mi banda y mi bastón.

—Eso es porque la dicha de la fea, la bonita la desea.

Ya nos encarecía las visitas del Señor del Rebozo á la monja predilecta, desclavándose de la cruz para ir de tertulia á la celda, rehusar el chocolate, fumar su puro y aceptar, en una noche de lluvia, el rebozo de la monja, el Santo Cristo, para no pescar un constipado.

Hablando de las heroínas de la religión, nos hacía notar que Santa Catarina degolló á su propio padre, cuya cabeza ostenta á los pies, porque era hereje

Y aquello de Santa Rosa, calumniada por el robo de una gallina y vindicación de la Santa, haciendo que las plumas de la gallina brotaran en el rostro del ladrón como una patilla, en medio de la hilaridad del juez y los espectadores.

Aquel San Roque de madera quitándose el sombrero al pasar el Papa; aquel Santo Niño de San Juan, alzando un pie para lanzar su cacle de plata á un ladrón menesteroso; aquella Virgen del Colegio de Niñas, cogiendo al ladrón de sus aretes, de una oreja, hasta entregarlo á la policía

Nada digo de la procesión del cielo el día de Todos

Santos, en donde el que no tenía vela en la tierra salía con un dedo erguido en medio de la rechilla, ni la congoja de los muertos sin saber qué rumbo tomar hasta que le ponían cuatro velas, porque con dos solamente perdían el rumbo y no podían orientarse para llegar al lugar que tenían destinado.

Dios es lo primero, nos decía; y lo que quiere Dios sólo lo saben los señores sacerdotes luego bien claro se ve que lo que es en la tierra son los dioses los señores sacerdotes

¡Feliz el chico que tenía su capilla para enseñarse á padre! ¡Feliz la niña que poseía una muñeca vestida de monja! y ¡feliz mil veces el párvulo que por una promesa de sus padres ó vestía de frailecito por algún tiempo, ó figuraba como alma gloriosa en una procesión, ó en un coloquio fungía de arcángel, ó, especialmente favorecido, ayudaba una misa y auxiliaba á un sacerdote al dar la comunión.

Pero cuando vivificado aquel sentimiento por la caridad, por el amor, por la ternura de los vínculos de familia descollaba . . . entonces ¡cuánta bondad y qué ostentación de sentimientos divinos! La consagración del sentimiento filial, la abnegación en su sencillez grandiosa y seductora, la sinceridad de la reconciliación en su purísima eficacia, la grandeza del perdón de la injuria en el heroico olvido del pasado, de rencor y de agravio . . .

Las galas de hoy de gimnasio y maroma, de lujo y coquetería, eran desconocidas.

El ideal de un niño consistía en que se estuviese